

EL DIÁLOGO ECUMÉNICO
SOBRE LAS CUESTIONES MORALES
FUENTE POTENCIAL
DE TESTIMONIO COMÚN
O DE DIVISIONES

Documento de estudio del Grupo Mixto
de Trabajo de la Iglesia Católica
y el Consejo Ecu­mé­ni­co de las Iglesias
1995

PRÓLOGO

Desde 1987, el Grupo Mixto de Trabajo (GMT) ha comen­zado a examinar las nuevas fuentes de divisiones potenciales y reales en el interior de las Iglesias y entre éstas, y ha con­centrado gradualmente su atención sobre las cuestiones y las posiciones éticas personales y sociales como fuentes potenciales de desacuerdo o de testimonio común.

El GMT ha resumido sus reflexiones en su Sexta Relación en 1990. La Relación hacía notar que «hay sin embargo demasiadas discusiones ecuménicas serias, madu-

Texto francés: *Service d'information* 91 (1996/I-II) 87-94. Traducción de la Prof. Rosa M.ª Herrera. Edición, revisión, control teológico y notas del Prof. A. González Montes.

ras y sostenidas sobre numerosas cuestiones y tomas de postura éticas, personales y sociales; por ejemplo, armamento nuclear y fuerza disuasoria, aborto y eutanasia, amor conyugal duradero y procreación, manipulación genética e inseminación artificial» (III.1.c.)^a.

El GMT ha sometido la Sexta Relación a las autoridades católicas y a la Séptima Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias (Camberra, febrero de 1991). Por ambas partes, se ha dado el mandato al GMT de profundizar en este estudio con prioridad en el curso de su próximo período de actividad. La intención no era examinar el fondo de los problemas que llevan consigo divisiones potenciales y reales, sino hacer la descripción e indicar sumariamente la mejor forma de abordarlos en un diálogo, esperando que este tipo de cuestiones pueda ofrecer nuevas ocasiones de acrecentar la comprensión y el respeto mutuos y de dar testimonio común sin compromiso para las convicciones de una u otra iglesia o para la conciencia cristiana.

El GMT ha creado grupos de consulta bajo la dirección conjunta de la Dra. Anna Marie Aagaard (Universidad de Aarhus), copresidente del CEI y del Reverendo Padre Thomas Stransky CSP (Instituto Ecuménico de Tantur; Jerusalén), miembro católico del GMT. La Relación de la primera consulta, que tuvo lugar, en octubre de 1993, en Roma¹, fue sometida a la reunión plenaria del GMT, en junio de 1994, en Creta (Grecia), con vistas a las decisiones que hay que tomar respecto a futuras iniciativas. Tantur albergó la segunda consulta, más amplia, en noviembre de 1994². Las reacciones del Comité ejecutivo del GMT (febrero de 1995) y partici-

^a Cf. texto español de la *Sexta Relación*: GM 2/nn. 288-380.

¹. Tomaron parte en esta consulta: Prof. Anna Marie Aagaard, Universidad de Aarhus; Rvdo. Prof. Peter Baelz, Reino Unido; Rvdo. Brian V. Johnstone CSSR, Academia Alfonsiana, Roma; Mons. John A. Radano, PCPUC; Dra. Teodora Rossi, Roma; Prof. Alexander Stauroopoulos, Universidad de Atenas; Rvdo. P. Thomas Stransky CSP, Instituto Ecuménico de Tantur, Jerusalén; Rvda. Dra. Elizabelth S. Tapia, *Union Theological Seminary*.

². Tomaron parte en esta consulta: Prof. Anna Marie Aagaard, Universidad de Aarhus; Rvdo. Peter Baelz, Reino Unido; Rvdo. Bénézet Bujo, Instituto de Teología Moral, Universidad de Friburgo; Rvdo. Brian V. Johnstone CSSR, Academia Alfonsiana, Roma; Rvdo. P. William Henn

pantes de Tantur han sido retomadas en un anteproyecto. La reunión plenaria del GMT de mayo de 1995 en Bose (Italia) ha corregido un nuevo anteproyecto y ha aceptado el texto como documento de estudio del GMT mismo.

El documento comprende dos partes:

1. «El diálogo ecuménico sobre las cuestiones morales: fuentes potenciales de testimonio común o de divisiones»;

2. «Orientaciones para el diálogo ecuménico sobre las cuestiones morales».

Este estudio está principalmente destinado a los diálogos locales, nacionales y regionales en los que participan católicos. Puede ser útil para otras conversaciones bilaterales o multilaterales.

Es importante comprender que el estudio no analiza ninguna gestión específica sujeta en cuanto a tal a controversia con el fin de llegar a la formulación de normas. Describe, más bien, situaciones actuales e ilustra ciertos contextos de base que permiten situar las cuestiones. Sugiere medios eventuales para dialogar y no los resultados de los diálogos.

El GMT sitúa este estudio en el marco general de la atención que dedica al tema «Unidad de la Iglesia: El fin y los medios» (cf. *Sexta Relación*, III.A.), y más específicamente a los nuevos medios de que disponen los cristianos para dar un testimonio común en la sociedad en general. Además, estando en curso un estudio sobre el tema «Eclesiología y ética» en el seno del Consejo Ecuménico de las Iglesias (unidades I y III), el GMT sugiere que el presente documento podría ser utilizado eventualmente como complemento de este estudio.

Su Eminencia el Metropolitano ELÍAS DE BEIRUT
Su Excelencia Monseñor ALAN C. CLARK
Comoderadores del Grupo Mixto de Trabajo

A 25 de Septiembre de 1995

OFM Cap., Colegio San Lorenzo, Roma; Dra. Donna Orsuto, Universidad Gregoriana/Centro laico del *Foyer Unitas*, Roma; Mons. John A. Radano, PCPUC; Prof. Larry Rasmussen, *Union Theological Seminary*; Dr. Martin Robra, COC/Unidad III ECOS, Programa de teología de la vida; Prof. Alexander Stauropoulos, Universidad de Atenas; Rvdo. P. Thomas Stransky CSP, Instituto Ecuménico de Tantur, Jerusalén; Rvda. Dra. Elizabeth S. Tapia, *Union Theological Seminary*.

I. LA ÉTICA Y EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

Es cada vez más urgente, en el movimiento ecuménico y en las relaciones entre las iglesias, llamadas a dar testimonio común, tratar las cuestiones morales, a las que todos deben enfrentarse y proporcionar una orientación moral a los miembros de las iglesias y a la sociedad en general.

I.1. Las transformaciones culturales y sociales, valores fundamentales discordantes y los progresos tecnológicos y científicos destruyen el tejido moral de numerosas sociedades. Este contexto no sólo suscita una puesta en tela de juicio de los valores tradicionales, sino que suscita igualmente numerosas cuestiones éticas complejas para el conocimiento y la conciencia de todos los seres humanos.

I.2. Al mismo tiempo, en las iglesias y fuera de éstas renace la espera de una orientación moral, que las comunidades religiosas pueden y deberían ofrecer en la escena pública. Los cristianos y las personas de otras creencias o de convicciones laicas desean vivir en paz y justicia en una sociedad preocupada por el bien de la humanidad. ¿Están ya las iglesias en condiciones de ofrecer juntas una orientación moral como contribución al bien común, en medio de la confusión y las controversias que conocemos?

I.3. De todas formas, acuciantes cuestiones morales, de naturaleza personal y social, están en el origen de las discordias entre los cristianos y amenazan incluso con provocar nuevas divisiones entre las iglesias. Por esta razón, es tanto más urgente, para éstas, encontrar juntas el medio de ocuparse de sus problemas sujetos a controversia. Tomándose el tiempo y el cuidado de escuchar pacientemente a los otros cristianos, podremos comprender por qué caminos han llegado a ciertas convicciones morales y posiciones éticas, sobre todo, cuando son diferentes de las nuestras. Si no, los cristianos seguirán caricaturizando sus intenciones, razonamientos y comportamientos respectivos, a veces incluso con un lenguaje y acciones ofensivos. El diálogo debería ocupar el lugar de la diatriba.

Otros cristianos u otras iglesias de convicciones morales divergentes pueden representar para nosotros una amenaza. Pueden poner en tela de juicio nuestra integridad moral y los fundamentos de nuestras creencias religiosas y éticas.

Pueden rebajar la autoridad, la credibilidad e incluso la integridad de nuestra iglesia. Cada vez que un individuo o una comunidad elige una postura o práctica moral para hacer de ella la prueba decisiva de una fe auténtica y el único criterio de la unidad fundamental de la Iglesia, sube sensiblemente el tono de los estados emotivos, aunque se hace difícil ponerse recíprocamente unos a la escucha de los otros.

Los cristianos, aun «confesando la verdad en el amor» (Ef 4, 15), están llamados en la medida de lo posible a «conservar la unidad del espíritu por el vínculo de la paz» (Ef 4, 3) y a evitar seguir destruyendo la *koinonia* que existe ya, aunque de manera imperfecta, entre los cristianos.

I.4. Por consiguiente, aunque las cuestiones éticas suscitan sentimientos apasionados y crean malestar en las relaciones ecuménicas, las iglesias no deberían soslayar el diálogo pues las cuestiones morales pueden igualmente convertirse en medios de testimonio común conducentes a la reconciliación. Diversas cuestiones se han mezclado con las posiciones morales de las comunidades. El diálogo, en un clima de oración exento de amenazas, puede determinar con más precisión los puntos de acuerdo y desacuerdo y las contradicciones. Puede afirmar aquellas convicciones comunes de las cuales las iglesias deberían dar testimonio unánime en el mundo entero. Además, el diálogo puede permitir discernir el modo en que las convicciones y las prácticas éticas están vinculadas a la unidad de la vida moral querida por Cristo.

I.5. Una cuidadosa atención a las complejidades de la vida moral no debería inducir a los cristianos a perder de vista lo que es fundamentalmente lo más importante para todos: el punto de partida y el fin es la gracia de Dios en Jesucristo y en el Espíritu transmitida en la Iglesia y en la creación. Nuestra vida en Dios es la fuente esencial y permanente de nuestra marcha hacia una *koinonia* más profunda. Sólo la acción y el sostén de la gracia de Dios pueden permitir a los cristianos trascender las diferencias morales, superar las divisiones y vivir su unidad en la fe.

II. LA IGLESIA COMO MEDIO MORAL PARA UNA VIDA DE DISCÍPULO

La llamada a la Iglesia a ser el signo e instrumento de la salvación en un mundo transformado comprende la invitación a crear un medio moral que pueda ayudar a los discípulo-

los de Cristo a configurar su vida ética personal y comunitaria por medio de la formación y la decisión.

II.1. La tarea permanente de la Iglesia es ser una comunidad del «camino» (cf. Hech 9, 2; 22): el hogar, la familia que proporciona el medio moral de una vida y una conducta justas «en Cristo», que, en el Espíritu, da a conocer «los caminos de la vida» a sus discípulos (Hech 2, 28; Sal 16, 11).

La condición de discípulo comprende a la vez aquello que los cristianos creen, cómo actúan los creyentes cristianos, y cómo dan cuenta de las razones de su fe y de sus acciones a sus hermanos cristianos y a los demás. Ser discípulo es el modo de creer y de actuar esforzándose cotidianamente por ser un testigo fiel de Jesucristo que ordena a sus discípulos proclamar, enseñar y vivir, «lo que yo os he mandado» (Hech 1, 8; Mt 28, 20).

II.2. En la *koinonia*, el discípulo de Cristo no lo es sólo cuando intenta discernir cómo encarnar el mensaje ético del Evangelio en su vida. Una vida de discípulo fiel nace de la oración personal y del culto público, de la participación en una comunidad en la que se comparten los gozos y en la que se llevan las cargas de los otros. Se nutre del ejemplo de los santos, de la sabiduría de los maestros, de la visión profética de los inspirados y de los consejos de los responsables ministeriales.

En comunión real, aunque imperfecta, con las otras iglesias, cada una se propone procurar un medio moral para la formación y la decisión y espera que las demás iglesias hagan lo mismo.

II.3. Formación y decisión evocan la hechura del carácter y del comportamiento humanos, el género de cristianos que somos y que llegamos a ser, y el tipo de acciones que decidimos llevar a cabo. La extensión de la moralidad cristiana abarca a la vez nuestro «ser» y nuestro «actuar».

La distinción entre visión, virtud, valor y obligación morales es útil para mostrar las dimensiones inseparables de la vida moral.

— La visión moral es el «escenario fundamental» del dominio moral de una persona, de una comunidad o de una sociedad; es la visión de lo que está bien, lo que es justo, y lo que es apropiado. Una visión moral incluye, informa y organiza las virtudes, los valores y las obligaciones.

En la vida moral cristiana, son varios los compendios de enseñanza y las diferentes imágenes que expresan la visión evangélica: el mandamiento de amar a Dios y al prójimo; las enseñanzas proféticas sobre la justicia y la misericordia; las bienaventuranzas; los frutos del Espíritu; el progreso ascético y el peregrinaje; la vida dura del discípulo y la imitación de Cristo; el cultivo de una buena tierra. Estas imágenes bíblicas y otras, sugieren caminos que conducen a una definición y dan coherencia al panorama moral.

— Las virtudes morales son rasgos deseables del carácter moral de una persona, tales como la integridad, la humildad y la paciencia, la compasión y el perdón; o la prudencia, la justicia, la moderación y la fortaleza anímica. De modo análogo pueden atribuirse estas virtudes a las comunidades y a las sociedades.

— Los valores morales no son cualidades interiorizadas del carácter, sino más bien los bienes morales a los que los individuos y la sociedad conceden mucha importancia, tales como el respeto de la dignidad de la persona humana, la libertad y la responsabilidad, la amistad, la igualdad, la solidaridad y la justicia social.

— Las obligaciones morales son los deberes que las personas tienen unas para con las otras en un espíritu de responsabilidad mutua, a fin de vivir juntos en armonía e integridad; se trata, por ejemplo, de decir la verdad y mantener la palabra; o de los imperativos de una visión moral bíblica, como amar y perdonar a su prójimo, incluidos los enemigos.

II.4. Este modo de exponer el alcance de la moralidad (visión, virtud, valor, obligación) puede proporcionar criterios estrechamente vinculados entre ellos para la tarea moral de la Iglesia, que es la de ser siempre testigo «del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo; el cual se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que fuese suyo, fervoroso en buenas obras» (Tt 2, 13-14). Una ética cristiana es reductora y deficiente si no influye sobre uno u otro de estos cuatro elementos; estos interactúan y se modifican todos recíprocamente. Incluso cuando influye sobre los cuatro, su respuesta puede caracterizarse por configuraciones diferentes.

II.5. El deber de formación y decisión morales es común a las iglesias. Éstas se esfuerzan por acrecentar en sus miembros la responsabilidad moral de vivir virtuosamente e influir

positivamente en los modelos morales y en el bienestar de las sociedades en las que viven.

Esto define un objetivo ecuménico: la cualidad del medio moral que las iglesias crean juntas en y por el culto de adoración, la educación y la formación permanente y el testimonio social. El respeto por la dignidad de cada persona creada a «imagen de Dios» (Gn 1, 27), la afirmación de la igualdad fundamental del hombre y la mujer, la búsqueda de estrategias creadoras no violentas para resolver los conflictos en las relaciones humanas y una gestión responsable de la creación: ahí están las contribuciones positivas de las iglesias, gracias al medio moral del que se convierten en promotoras. Pero, por otra parte, puede darse también que lleguen a la desnaturalización de los caracteres y a la perversión de las conciencias. A veces han reforzado el chauvinismo nacional y el etnocentrismo y practicado activamente la discriminación hacia ciertas personas por razones de raza o de nacionalidad, de clase o de sexo.

III. FUENTES COMUNES Y CAMINOS DIFERENTES DE DECISIÓN MORAL

En lo relativo a los caminos de reflexión y de decisión moral que toman para llegar a opciones éticas, las iglesias tienen en común las Escrituras y disponen de recursos tales como las tradiciones litúrgicas y morales, los catecismos y los sermones, una larga práctica pastoral, la sabiduría destilada de experiencias pasadas y presentes, y el arte de la reflexión y del discernimiento espiritual. Sin embargo, las tradiciones eclesiales configuran estos recursos comunes de diferentes modos.

III.1. La visión bíblica, por sí misma, no aporta a los cristianos todos los claros principios morales y las normas prácticas que necesitan; tampoco las Escrituras resuelven todos los casos éticos. Las narraciones van acompañando numerosas instrucciones relativas a la conducta correcta que hay que seguir: mandamientos y prohibiciones de carácter general, exhortaciones y denuncias proféticas, consejos sapienciales, prescripciones legales y rituales, etc. En los textos bíblicos, lo que la teología moral califica como normas y prin-

ceptos morales se mezcla con mandamientos específicos, pero válidos en todos los tiempos, y con prescripciones provisionales concretas. La utilización de una imaginería de modo provocador y a menudo paradójica por las Escrituras, hace aún más difícil la interpretación de la doctrina moral bíblica.

No obstante, en general, se está de acuerdo en decir que mediante el estudio de las Escrituras en la oración y el desarrollo de tradiciones de interpretación bíblica, mediante la reflexión sobre la experiencia humana y el intercambio de ideas en el seno de una comunidad, los cristianos llegan a juicios y a decisiones razonables en numerosos casos de conducta ética.

III.2. En el curso de la historia de la Iglesia, los cristianos han elaborado modos de reflexión sistemática sobre la vida moral por la disposición de los conceptos y las imágenes bíblicas y mediante argumentos racionales. Estos métodos tienen como meta aportar claridad y coherencia allí donde las divergencias de discernimiento corren el riesgo de crear la confusión y el caos.

Por ejemplo, una cierta tradición propone varios niveles de percepción moral y distingue entre principios primordiales (e inmutables) y reglas secundarias (que pueden ser modificadas). O más recientemente, el lenguaje de la «jerarquía de valores» distingue los valores fundamentales, que están en el corazón mismo de la vida del discípulo cristiano de otros valores menos esenciales pero que también forman parte integrante de la moral cristiana. Poniendo el acento sobre los «principios primordiales» o sobre los «valores fundamentales», los cristianos pueden constatar lo que tienen ya en común, sin reducir la verdad moral ni buscar un denominador común menor.

III.3. Sin embargo, las tradiciones cristianas evalúan de modo diferente la naturaleza humana y las capacidades de la razón humana. Para algunos, el pecado ha corrompido la naturaleza humana hasta tal punto que la razón no puede llegar a las verdades morales. Otros sostienen que el pecado sólo ha dañado la naturaleza humana y que, con la gracia divina y la disciplina del hombre, la razón puede incluso alcanzar gran número de verdades universalmente aplicables en la vida moral.

Por ejemplo, apelando a la Escritura y a la Tradición, a la razón y a la experiencia, la Iglesia Católica ha desarrolla-

do su comprensión de la persona y de la dignidad humanas, de los actos humanos y de sus fines, y de los derechos y responsabilidades de los individuos. En su tradición de reflexión y de doctrina morales, la norma suprema de la vida humana es la ley divina universal por la que Dios, en su sabiduría y amor, ordena, dirige y gobierna el mundo entero y todas las vías de la comunicación humana. Por su naturaleza y por la gracia, Dios da a todas las personas la capacidad de comprender inteligentemente esta ley divina, a fin de que todos los hombres y mujeres puedan percibir más plenamente las verdades inmutables. Así, la ley divina revelada y lo que se llama «ley natural» expresan juntas la voluntad indivisa de Dios que obliga a los seres humanos a buscarla y conocerla mejor y a vivir escuchando la voz de su conciencia.

III.4. Siguiendo los diferentes caminos que unen la visión a los juicios y a las decisiones, los cristianos pueden llegar a situar y a evaluar algunas de sus diferencias. Por ejemplo, aquellos que adoptan el lenguaje de los derechos del hombre tienen un medio eficaz de insistir en la preocupación por los débiles, los pobres y los marginados. Aun estando de acuerdo en algunos derechos fundamentales, pueden llegar a aplicaciones diferentes, incluso contradictorias; por ejemplo, en lo que concierne al derecho a la libertad religiosa. Además, la formulación y la extensión de los derechos se han convertido en objeto de grandes debates, sobre todo, cuando se trata de cuestiones éticas como la reproducción humana y el aborto.

Una de las visiones cristianas de la integridad de la vida sexual vincula las relaciones sexuales a la procreación según una interpretación de la ley natural y de los relatos bíblicos de la creación. Ésta es la posición de algunas iglesias, entre ellas de la Iglesia Católica. Otras iglesias estiman que es muy difícil, incluso imposible, afirmar la existencia de este vínculo. Los que consideran poco convincente el recurso a la ley natural admiten la posibilidad de una separación entre el bien de la procreación y el bien de las relaciones sexuales, y utilizan este argumento para aprobar el uso de medios anti-conceptivos en el matrimonio.

III.5. La posición cristiana sobre la guerra es otro ejemplo de caminos diferentes que conducen a conclusiones diferentes. Todas las tradiciones aceptan la visión bíblica de la paz entre vecinos y más específicamente el testimonio del

Nuevo Testamento a favor de las actitudes y actos no violentos. Sin embargo, se da un desacuerdo mayor por la diferencia de juicio relativa a la colaboración de la Iglesia con los poderes civiles como medio de influir en la historia de la humanidad. Las iglesias que han optado por la colaboración aceptan algunas versiones de la teoría de la «guerra justa»; toleran y fomentan incluso la participación activa de patriotas cristianos en guerras entre naciones y revueltas armadas en el interior de un país. Pero existen en estas mismas iglesias grupos que están de acuerdo con aquellas que han elegido dar testimonio en el marco del orden político establecido, oponiéndose sin compromiso al uso de la fuerza militar por ser contraria a la actitud no violenta y pacificadora de Cristo. Estos cristianos se niegan a llevar las armas incluso cuando esto se considera como desobediencia civil.

Se puede ver el punto preciso sobre el que difieren las principales opciones teológicas, que tienen consecuencias fundamentales para la línea seguida por una iglesia con relación a la guerra y a la conducta de sus miembros.

IV. DIFERENTES MEDIOS DE DISCERNIMIENTO MORAL QUE CONSTITUYEN AUTORIDAD

La formación moral y las posiciones éticas concretas se desarrollan de modo diferente en razón de las diferencias de comprensión y funcionamiento de los procedimientos y estructuras de la autoridad eclesial, aunque muchas veces terminen por surgir actitudes y resultados análogos.

IV.1. La formación de las conciencias y el desarrollo de posturas en dependencia de ella sobre cuestiones éticas específicas siguen vías diferentes en las diversas tradiciones, ortodoxa o católica, reformada o luterana, bautista o cuáquera. Cada iglesia estima que sus miembros tienen el deber de poner en práctica su fe correctamente y más íntegramente en la vida cotidiana. Todas las tradiciones tienen su modo propio de iniciar, seguir y concluir sus deliberaciones morales y adecuarse a ellas. Hay diferentes modos de discutir, establecer consultas y llegar a decisiones y, después, de transmitir las y recibirlas.

Este proceso está influido por las diferentes formas en que las tradiciones comprenden la acción del Espíritu Santo

y el ejercicio del papel específico de los dirigentes ministeriales en el discernimiento y la orientación en materia de moral.

En la Iglesia Católica, los obispos, según el don recibido del Espíritu Santo y bajo la guía de éste, ejerciendo su ministerio de vigilancia (*episkopé*) son los guardianes y los intérpretes autorizados de la totalidad de la ley moral, es decir, tanto de la ley del Evangelio como de la ley natural. Tienen la responsabilidad y el deber pastoral de ofrecer una orientación moral y a veces incluso de pronunciar un juicio definitivo indicando que una acción particular es buena o mala. Los teólogos moralistas aportan un discernimiento ético a la comunidad. Los confesores, los consejeros pastorales y los directores espirituales se esfuerzan en tener en cuenta las necesidades particulares de cada individuo.

En la Iglesia Ortodoxa, las decisiones sobre las cuestiones éticas competen a la jerarquía, bien en un sínodo de obispos o de un obispo en particular, que se inspiran en las Escrituras, y en la larga tradición pastoral y orientación moral de la Iglesia. La preocupación principal es el bien espiritual de la persona en su relación con Dios y con sus semejantes. La aplicación prudente de la ley y de las normas generales de la Iglesia (*oikonomía*) puede a veces moderar el rigor o acentuar la severidad. Es el principal medio de crecimiento espiritual y de orientación moral. La tradición ortodoxa aprecia igualmente el papel representado por los padres y madres espirituales experimentados y en el proceso de reflexión moral, acentúa la oración tanto de los laicos como de los ministros ordenados.

Otras iglesias no atribuyen a los dirigentes ministeriales esta competencia en la interpretación, ni esta autoridad en el juicio. Forman algunos juicios éticos por diferentes procedimientos de consulta y decisión que implican a clérigos y laicos. Las tradiciones reformadas, por ejemplo, sostienen que la Palabra viva de Dios soberano reforma continuamente la fe y la vida de la Iglesia. Los juicios doctrinales y éticos deberían estar fundados en la Sagrada Escritura e informados por la tradición de la Iglesia católica y ecuménica entera. Pero ningún organismo eclesial detenta la autoridad suprema de definir la Palabra de Dios. Los seres humanos, falibles y redimidos en el seno de la Iglesia, se remiten al proceso inspirado por el Espíritu Santo, según el cual eligen a sus dirigentes

laicos y ordenados y llegan a formular expresiones de fe autorizadas, pero reformables, y a definir sus posiciones en materia de ética personal y social.

IV.2. Así, el diálogo ecuménico sobre las cuestiones morales debería incluir la naturaleza, la misión y las estructuras de la Iglesia, el papel de la autoridad ministerial y los recursos que utiliza para ofrecer una orientación moral, así como la respuesta al ejercicio de esta autoridad en el seno de la Iglesia. A su vez, estos temas ayudarán a descubrir los dones y las ocasiones ecuménicas de dar un testimonio común, igual que las tensiones y los conflictos.

En primer lugar las tensiones y los conflictos. ¿Existen la inquietud y el malestar por que muchos temen una erosión de las fuentes que son el fundamento de la Escritura, de la Tradición y de la autoridad de la Iglesia, en quien estas personas tienen toda la confianza para orientar la conciencia y la guía de los cristianos? ¿O es la forma en la que algunas tradiciones eclesiales particulares comprenden, aceptan y utilizan las fuentes y la autoridad que es, ella misma, fuente de tensiones y de divisiones? ¿La resolución de cuestiones éticas engendra inquietud y cólera porque ciertas personas tienen una experiencia negativa de estas fuentes y de su utilización? ¿Interpretando, por ejemplo, la Escritura y la Tradición de modo que éstas presentan el aspecto opresivo del patriarcado social y teológico? Se comprende a veces mejor la persistencia de posiciones inmutables sobre un tema particular no concentrándose estrechamente sobre éste, sino considerando lo que, a ojos de las gentes, está en juego para la vida en común en la sociedad cuando se ignoran algunas fuentes, estructuras y autoridades, e incluso son ridiculizadas. Por ejemplo, en ciertos medios, las cuestiones relativas al comienzo y al final de la vida humana —aborto y eutanasia— tienen este peso moral.

Además, algunas iglesias acentúan las estructuras de la autoridad y las declaraciones oficiales detalladas a propósito de la fe y la moralidad. Esto puede provocar un desequilibrio y una falta de realismo en el diálogo, si se compara con ligereza la doctrina oficial de algunas iglesias con los datos más difusos de las creencias y prácticas generales de otras iglesias.

Así, la conciencia de la versatilidad moral que rodea las fuentes y la autoridad utilizadas —qué son, por quién y cómo

son interpretadas y a qué tipo de preocupaciones están asociadas—, reviste una importancia crucial para comprender por qué ciertas cuestiones morales presentan dificultades y son fuentes potenciales de división entre los cristianos.

IV.3. En segundo lugar, los dones y las ocasiones. Discernir los dones, en las tradiciones eclesiales, que quedan quizá como tesoros inadvertidos para la vida moral, plantea otra serie de cuestiones para el diálogo ecuménico:

¿Qué significan para la formación moral de hoy la comprensión y las formas de *koinonía* (comunidad o comunión), de *diakonía* (servicio) y de *martyría* (testimonio) que hemos recibido en herencia?

¿Qué visiones, virtudes, valores y obligaciones están alimentadas por la *lex orandi*, la *lex credendi*, la *lex vivendi* (la regla de orar, creer y vivir), tal como han sido incorporadas en tradiciones y estructuras particulares?

¿Cuáles son, en las diversas tradiciones, las prácticas que contribuyen a una diferencia legítima y a una diversidad auténtica de la vida moral de la única Iglesia? ¿Cómo prácticas, tan comunes como distintas, pueden contribuir a la riqueza moral de la *koinonía*?

En el diálogo, los cristianos deben, pues, reconocer la riqueza de recursos que comparten con vistas a la formación moral, plantearse, al mismo tiempo, de modo crítico la cuestión de saber cómo operan de hecho estos recursos en una variedad de contextos, culturas y pueblos.

V. DESAFÍOS ECUMÉNICOS A LA FORMACIÓN Y LA RESOLUCIÓN MORAL

Las iglesias que comparten una koinonía real, aunque imperfecta, deben enfrentarse a nuevos desafíos en cuanto comunidades de formación y de decisión morales; pluralismo de posturas morales sobre cuestiones tradicionales y toma de postura ante nuevos problemas.

V.1. Los cristianos sostienen unánimes que existe un universo moral fundado sobre la sabiduría y la voluntad de Dios, si bien pueden interpretar de modo diferente la sabiduría divina, la naturaleza de este universo y el grado al que los seres humanos son llamados a modelarlo en tanto que cocreadores con Dios.

No se pueden negar tres hechos:

— En primer lugar, los cristianos tienen efectivamente en común una larga historia de gran unidad en materia de doctrina y de práctica moral, que proviene en parte de una reflexión común sobre las mismas fuentes, tales como los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas.

— En segundo lugar, las comunidades cristianas divididas han terminado por adquirir ciertas diferencias en la forma de determinar los principios morales y acomodarse a ellos:

— En tercer lugar, estas diferencias han llevado en la actualidad a tal pluralismo de marcos y posturas morales, en el seno de las tradiciones eclesiales y entre éstas, que algunas de dichas posturas suscitan vivas tensiones e incluso contradicciones. El mismo abanico de principios morales fundamentales puede admitir una diversidad de reglas con el fin de aportar una justa respuesta a la visión bíblica y a estos principios. El mandamiento divino explícito: «no matarás» está sujeto a aplicaciones discordantes; por ejemplo, sí o no a la pena de muerte en cuanto tal, o sólo para algunos crímenes.

V.2. La crisis de autoridad moral en las iglesias hace aún más difícil una formación y decisión morales eficaces. Incluso allí donde la tradición moral de una iglesia está bien establecida, algunos miembros proponen con fuerza posturas alternativas. De hecho, los fieles hacen oír, cada vez más, su voz y sus vivas críticas con respecto a la doctrina y la práctica moral autorizadas; y utilizan las mismas fuentes como fundamento de sus diversas posturas éticas. En este tipo de situaciones, la elaboración de una formación y decisión morales eficaces es una tarea ecuménica urgente.

V.3. El proceso de formulación y recepción de las decisiones éticas representa igualmente un serio desafío de participación: ¿por quién son elaboradas y formuladas las decisiones de las iglesias en materia de moral? ¿Cómo evalúan y asimilan los fieles y la sociedad en general las declaraciones oficiales de las iglesias y como responden a ellas? ¿Cuáles son las vías que pueden tomar para responder y qué tipo de respuesta se fomenta o se desaconseja?

V.4. ¿Las condiciones y las estructuras de diálogo no son ellas mismas cuestiones éticas de importancia primordial para las iglesias? Bien podrían provocar divisiones o favorecer la reconciliación. Pueden reforzar o minar la *koinonía* en

la fe, la vida y el testimonio. Se puede comenzar simplemente por reconocer que la forma en que una iglesia (o varias iglesias juntas) ordena y estructura su proceso de decisión, y da a conocer públicamente después sus decisiones, comporta ya una ética social e influye en su doctrina y su práctica moral. Las estructuras, funciones y papeles expresan valores morales positivos o negativos. La manera de ejercer el poder, de gobernar y utilizar el derecho de acceso a la dimensión moral. Ignorarlo es no comprender el por qué de las cuestiones morales y la forma de abordarlos puede fácilmente provocar divisiones, incluso en el seno de una iglesia particular.

V.5. La medida en la que los juicios morales pueden cambiar necesita un diálogo sincero. Por ejemplo, hasta la mitad del siglo XVIII; las iglesias históricas, incluso en sus declaraciones oficiales, aceptaban la práctica de la esclavitud; algunos responsables eclesiásticos llegaban incluso a invocar argumentos bíblicos y teológicos para apoyar esta práctica. Hoy, todas las iglesias consideran la esclavitud como un mal en sí, en todas partes y siempre. ¿De qué modo un cambio de este tipo, de una doctrina eclesial antes bien establecida, puede ayudar a comprender el grado de unidad de doctrina moral que exige la comunión plena?

Los cristianos que dialogan no deben ignorar ni ocultar la evidencia de los cambios acaecidos en la doctrina o la práctica moral. Las iglesias no acogen siempre de buen grado tal franqueza, aunque subrayan la finitud y el pecado de los hombres en la evolución histórica de las doctrinas y de las prácticas. Además, la interpretación de los cambios en la doctrina moral es, ella misma, una fuente de desacuerdo y de tensión. Cuando algunos interpretan los cambios como el crecimiento positivo de una justa concepción moral, otros pueden considerarlos como un compromiso fácil o un flagrante fracaso.

El *apartheid* es un ejemplo característico, allí donde muchas familias de iglesias, tras largas deliberaciones, han ido más allá del rechazo al *apartheid*, considerado incompatible con el Evangelio, hasta decir que los que sostenían que el *apartheid* era cristiano se colocaban ellos mismos fuera de la comunidad eclesial.

Por consiguiente, una aproximación ecuménica a la moralidad necesita el conocimiento de las diferentes formas de evaluar los cambios en las tradiciones morales.

V.6. Varias *nuevas cuestiones éticas* representan en particular un desafío para la colaboración ecuménica, cuando las iglesias no disponen de precedentes claros y circunstanciados, y menos aún experiencia y consenso. Tomamos sólo el comienzo de una larga lista de ejemplos: la política económica en un mundo de «ricos» y de «desposeídos»; la reglamentación interior e internacional de la inmigración y de los refugiados; la industrialización y el medio ambiente; los derechos de la mujer en la sociedad y en las iglesias; la fecundación *in vitro*, las manipulaciones genéticas y otros desarrollos biomédicos. Cristianos y no cristianos sienten la urgencia que hay de abordar estas cuestiones ineludibles y complejas y esperan de las iglesias que les aporten una orientación moral con relación a esto.

Los propios expertos en ciencias empíricas a veces sólo ofrecen datos contradictorios, o bien se encuentran en desacuerdo sobre las implicaciones de los resultados de la investigación científica. La forma en que las iglesias, juntas, buscan, reúnen, juntan y ordenan los hechos de los conocimientos que obtienen de los científicos empíricos, representa ya un desafío ecuménico. A la luz de estos hechos, los cristianos pueden abordar de modo responsable las implicaciones morales de las cuestiones planteadas y ofrecer una orientación.

VI. EL TESTIMONIO MORAL CRISTIANO EN UNA SOCIEDAD PLURALISTA

Los cristianos están llamados a dar testimonio de sus convicciones morales comunes sobre la escena pública, con humildad y en el respeto de los otros y de las convicciones de éstos. Deben buscar el diálogo y la colaboración con los miembros de las otras comunidades religiosas, e incluso con todas las personas de buena voluntad que se consagran al bienestar de la humanidad.

VI.1. En el proceso político legislativo y en el de las decisiones judiciales, las iglesias pueden con razón hacer oír su voz profética, para expresar su apoyo o para protestar. Con el testimonio común pueden tomar firmemente postura, cuando estiman que las decisiones o las leyes públicas afirman o contradicen los designios de Dios con relación a la dignidad de las personas o de la integridad de la creación.

Se puede subrayar el ejemplo del testimonio común de los cristianos en la lucha contra el *apartheid* y las «depuraciones étnicas». De hecho, las cuestiones morales relativas a los derechos y la igualdad de los seres humanos han representado experiencias de *koinonía* en la fe y en el testimonio que han contribuido a edificar la comunidad, y son considerados por algunos como experiencias intensas de «Iglesia».

VI.2. A veces, las iglesias y ciertos grupos cristianos de apoyo pueden estar de acuerdo sobre los valores fundamentales que deben promover, aun encontrándose en desacuerdo en cuanto a los medios que se han de utilizar, sobre todo en la escena política. En tales situaciones, deberían intentar colaborar en la medida en que su acuerdo se lo permita y, al mismo tiempo, expresar claramente los razones de su desacuerdo. Un desacuerdo sobre algunos puntos particulares, o sobre los medios que utilizar, no debería excluir toda colaboración. Sin embargo, en tales casos, es más importante ser claros y explícitos sobre los puntos de desacuerdo, con el fin de evitar toda confusión en el testimonio común.

VI.3. En la escena pública, las iglesias son una única familia con un carácter moral común entre otras familias religiosas o laicas. El discernimiento moral no es un campo reservado a los cristianos. La comprensión moral de los cristianos y su aproximación a las cuestiones éticas han de permitir una atenta evaluación de los puntos de vista y juicios morales de los demás. A menudo, las tradiciones morales cabalgan unas sobre otras, incluso cuando las aproximaciones y las formas de lenguaje son diferentes.

En todo caso, la forma en que las iglesias preconizan públicamente sus convicciones morales y los métodos que emplean para ello, han de respetar la integridad de los demás así como sus derechos y libertades cívicas. Pues la autoridad de las iglesias en el debate moral público de las sociedades pluralistas es la autoridad de su sabiduría, de sus percepciones y juicios morales que se encomiendan a la inteligencia y la conciencia de los otros.

ORIENTACIONES PARA EL DIÁLOGO ECUMÉNICO SOBRE LAS CUESTIONES MORALES

La aceptación y la puesta en práctica de las orientaciones sugeridas para el diálogo pueden favorecer la realización del objetivo del Movimiento ecuménico: la unidad visible de

los cristianos en una misma fe y una misma comunidad eucarística, expresada por el culto, la vida y el ministerio comunes, para que el mundo crea.

Admitimos que las iglesias se esfuerzan por ser fieles a Dios en Cristo, dejarse guiar por el Espíritu Santo y ser un medio moral que ayude a todos los miembros en la formación de una conciencia y práctica cristianas. Afirmamos la responsabilidad de cada iglesia de ofrecer una orientación moral a sus miembros y a la sociedad en general.

Dios, que por el Espíritu Santo lleva a los cristianos a manifestar la unidad de la Iglesia, llama a todas las iglesias, aunque todavía divididas, a dar testimonio común; es decir, tienen el deber de manifestar unánimes, como discípulos de Cristo, los dones divinos de verdad y de vida que comparten y conocen ya.

La ausencia del diálogo ecuménico sobre cuestiones morales de carácter personal o social, y una débil voluntad de superar todo motivo de división que estas cuestiones pueden provocar, son un escollo más para la proclamación del único Evangelio de Jesucristo que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

Orientaciones

1. Fomentando la *koinonía*, o comunión, entre las iglesias, deberíamos en la medida de lo posible consultarnos unos a otros e intercambiar informaciones en un espíritu de comprensión y de respeto mutuos, siempre «confesando la verdad en el amor» (Ef 4, 15).

2. En el diálogo, deberíamos primero intentar comprender las posturas y las prácticas morales de los otros, tal como ellos las comprenden, para que cada uno pueda reconocerse en las descripciones. Sólo así podremos evaluarlas a partir de nuestra propia tradición y experiencia.

3. Cuando se quiere comparar las cualidades y los ideales morales o las debilidades y las prácticas de diferentes comunidades cristianas, la comparación debe hacerse entre un ideal y otro ideal y entre una práctica y otra. Debemos comprender lo que los demás quieren ser y hacer para ser discípulos fieles de Cristo, incluso si ellos, igual que nosotros mismos, tienen su carga de debilidad y pecado.

4. Reconocemos que los cristianos tienen la ventaja de tener una historia de unidad sustancial de doctrina y de práctica moral. Al situar las cuestiones éticas en el marco de este patrimonio de unidad moral, podremos comprender mucho mejor el origen y la naturaleza de todo desacuerdo y división que existen actualmente.

5. Esperamos que los cristianos sepan descubrir los fundamentos de su visión, valores y dirección morales en las Escrituras y gracias a otros recursos: tradiciones morales (incluidas las declaraciones eclesiales e intereclesiales a este respecto), liturgias, predicación y catequesis, prácticas pastorales, experiencias humanas comunes y métodos de reflexión.

6. Deberíamos pedir a las ciencias empíricas los últimos conocimientos de los que disponen sobre cuestiones específicas y, si es posible, tener en cuenta estos datos y sus implicaciones éticas antes de proponer una orientación moral.

7. Deberíamos reconocer que, de hecho, las diversas tradiciones eclesiales están a veces de acuerdo y a veces en desacuerdo sobre los métodos empleados para:

- utilizar las Escrituras y otros recursos comunes, así como los datos de las ciencias empíricas;

- establecer el vínculo entre visión moral, normas éticas y juicios prudentes;

- definir una cuestión moral específica y formular los problemas;

- comunicar en el seno de una iglesia los valores y las disciplinas que le permiten desarrollar su propio medio moral para la formación del carácter cristiano;

- comprender y ejercer la dirección y la supervisión ministeriales en materia de orientación moral.

8. Deberíamos estar siempre dispuestos a afirmar todo lo que tenemos en común y a admitir los puntos en los que existen serias divergencias e incluso posturas opuestas. No deberíamos nunca exigir de nuestros hermanos cristianos con los que estamos en desacuerdo, que transijan en su integridad y sus convicciones.

9. En la escena pública de sociedades pluralistas, deberíamos dialogar igualmente con las personas de otras convicciones, religiosas o laicas. Nos hemos de esforzar por comprender y evaluar sus percepciones y juicios morales, y encontrar un lenguaje común para expresar nuestros puntos de acuerdo y nuestras diferencias.

10. Si el diálogo revela aún la existencia de posturas morales sinceras pero aparentemente irreconciliables, estamos convencidos de que el hecho de estar unidos en Cristo es fundamentalmente más importante que nuestras diferencias morales. Nuestro profundo deseo de encontrar una solución íntegra y sincera a nuestros desacuerdos es, en sí mismo, la prueba de que Dios sigue concediendo su gracia a la *koinonía* que existe entre los discípulos de Cristo.